

KWAME ANTHONY APPIAH

PATRIOTAS COSMOPOLITAS

Mi padre era un patriota ghanés. En cierta ocasión publicó una columna en el *Pioneer*, nuestro periódico local en Kumasi, titulado «¿Merece la pena morir por Ghana?», y en ella dejaba claro que su respuesta era afirmativa.¹ Pero, al propio tiempo, mi padre sentía un gran amor por Asante, la región de Ghana en la que ambos crecimos; un reino absorbido dentro de una colonia británica, a la sazón una de las regiones de una nueva república multiétnica; un reino al que él y su padre amaron y sirvieron. Y, al igual que tantos otros nacionalistas africanos de su clase y su generación, mi padre siempre amó una fascinante abstracción a la que llamaron «África».

Cuando murió, mis hermanas y yo encontramos una nota que él había esbozado, aunque nunca llegó a terminar del todo: eran las últimas palabras de amor y sabiduría para sus hijos. Tras unas cuantas frases en las que nos recordaba nuestra doble ascendencia, en Ghana e Inglaterra, mi padre escribió: «Recordad que sois ciudadanos del mundo». Y proseguía diciéndonos que, dondequiera que decidiésemos vivir (pues, como ciudadanos del mundo, seguramente optaríamos por vivir en cualquier parte), deberíamos asegurarnos que abandonábamos ese lugar mejor que cuando lo encontramos. «En lo más profundo de mi ser», decía mi padre, «existe un gran amor por la humanidad y un perpetuo deseo de verla alcanzar, con la ayuda de Dios, su más alto destino.»

La calumnia favorita del nacionalista estrecho de miras contra nosotros los cosmopolitas es que somos unos desarraigados:

sin embargo, mi padre creía en un cosmopolitismo arraigado o, si así se prefiere, un patriotismo cosmopolita. Al igual que Gertrude Stein, pensaba que las raíces no tenían ningún sentido si uno no podía llevárselas consigo. «América es mi país y París es mi ciudad natal»,² dijo Stein. Mi padre la hubiera entendido.

Algunos podrían aducir que el cosmopolitismo es parasitario: ¿dónde, se preguntarían, hubiera asentado sus raíces Stein en un mundo plenamente cosmopolita? ¿De dónde, en otras palabras, procedería la diversidad de la que todos los cosmopolitas nos congratulamos en un mundo en el que únicamente existen cosmopolitas?

La respuesta es clara y concisa: el patriota cosmopolita puede contemplar la posibilidad de un mundo en el que todos los cosmopolitas tienen sus raíces, sienten apego por sus hogares y poseen sus propias particularidades culturales, aunque ello no les impide disfrutar de la existencia de otros lugares distintos; lugares que son el hogar de otras personas, también distintas. El cosmopolita también imagina que no todas las personas de ese mundo se encontrarían mejor en su patria natal, puesto que la circulación de personas entre diferentes localidades no sólo tiene que ver con el turismo cultural (que el cosmopolita admite disfrutar), sino también con migraciones, nomadismo y diáspora. (En el pasado, tales procesos fueron, por lo general, resultado de unos procesos que no podemos sino lamentar: a menudo, los antiguos emigrantes eran refugiados, y las antiguas diásporas solían empezar con un exilio involuntario. Pero lo que resulta odioso, de ser involuntario, puede ser digno de encomio si se trata de decisiones tomadas libremente por los individuos y los grupos).

En un mundo de patriotas cosmopolitas, las personas aceptarían la responsabilidad ciudadana de velar por la cultura y la política del lugar en el que viven. Sin duda, muchos decidirían pasar su vida allá donde se habían criado, y ésta es una de las razones por las cuales se conservan y transmiten las prácticas culturales locales. Pero otros se irían, y ello significa que las prácticas culturales viajarían también (como, por otra parte, siempre

han hecho). El resultado sería un mundo en el que cada una de las formas locales de vida humana era el resultado de procesos de hibridación cultural persistentes a largo plazo: un mundo bastante parecido, en este aspecto, al mundo en que vivimos ahora.

En cualquier caso, tras la objeción según la cual el cosmopolitismo es parasitario, existe una ansiedad que sería conveniente disipar. Esta ansiedad consiste en una estimación exagerada del alcance de la desaparición de la heterogeneidad cultural. En el sistema global de intercambios culturales, algunas formas de vida humana están en trance de desaparición, y los procesos de homogeneización son, en cierta medida, asimétricos. Ninguno de estos fenómenos es especialmente nuevo, aunque probablemente sí lo sean el alcance y la velocidad de los mismos. Sin embargo, a medida que desaparecen formas de cultura se crean otras nuevas, y éstas son creadas localmente, lo que significa que poseen exactamente las inflexiones regionales que los cosmopolitas celebran. En resumen, la desaparición de antiguas formas culturales es coherente con una rica diversidad de formas de vida humana, porque constantemente se crean nuevas formas culturales que difieren una de la otra.

A diferencia del nacionalismo, cosmopolitismo y patriotismo son, más que ideologías, sentimientos. Eso es lo que permite que diferentes ideologías políticas puedan coincidir con ambos. Algunos patriotas cosmopolitas son conservadores y religiosos; otros son laicos de orientación socialista. El cosmopolitismo cristiano es tan antiguo como la fusión con el imperio romano, a través del cual el estoicismo llegó a ser una de las fuerzas dominantes a la hora de configurar la ética cristiana. (Mi padre tenía la Biblia y textos de Cicerón en la cabecera de su cama. Sólo quien desconoce la historia de la Iglesia consideraría que esto es una expresión de lealtades divididas.) Pero yo soy liberal, y no parece fácil acomodar el cosmopolitismo y el patriotismo, como sentimientos, a los principios liberales.

El patriotismo a menudo pone en cuestión el liberalismo. Se considera que los liberales que proponen un Estado que no se

pronuncie en los debates entre las diversas concepciones del bien de sus ciudadanos son incapaces de valorar un Estado que se celebre a sí mismo y, por otra parte, quienes se describen como patriotas modernos (al menos en los Estados Unidos) acostumbran a desear una educación y una cultura públicas que avive el fuego del ego nacional. Los patriotas también parecen especialmente sensibles, hoy en día, a las ofensas al honor nacional, al escepticismo acerca de la historiografía que enaltece el nacionalismo. En resumen, a la reflexión crítica sobre el Estado con la que nosotros, los liberales, con nuestra concepción instrumental del mismo, estamos dispuestos a comprometernos. Ningún liberal debería decir: «mi país, bueno o malo», porque el liberalismo comprende un conjunto de principios políticos que un Estado puede no cumplir; y el liberal no sentirá ninguna lealtad especial hacia un estado iliberal, puesto que los liberales valoran las personas por encima de las colectividades.

Sin embargo, esta objeción patriótica al liberalismo se puede aplicar también al catolicismo, al islam, a prácticamente cualquier perspectiva religiosa. En realidad, puede aplicarse a cualquier perspectiva, incluido el humanismo, que afirma una autoridad moral superior a la de la propia comunidad política. Y la respuesta a ello consiste en afirmar, en primer lugar, que todo aquel que profesa su adhesión a un principio puede también profesar amor a su país, su familia y sus amigos; en segundo lugar, que un verdadero patriota espera que el Estado y la comunidad en la que vive se atenga a determinadas normas; tiene aspiraciones morales con respecto a ellos, y que estas aspiraciones pueden ser de tipo liberal.

El reto que plantea el cosmopolitismo al liberalismo empieza con la afirmación según la cual los liberales se han preocupado demasiado por la moralidad dentro del Estado-nación. La *Teoría de la Justicia* de John Rawls, con la que se inició la moderna reformulación del liberalismo filosófico, deja las cuestiones relativas a la moralidad internacional para una posterior discusión. Cómo desarrollar la descripción rawlsiana desde una

perspectiva internacional es una de las actuales preocupaciones de la filosofía política profesional. El cosmopolita probablemente consideraría que este orden de prioridades es absolutamente erróneo.

Nada hay que objetar a la defensa o a la lucha por el liberalismo en el propio país. Pero si ese país, en sus intervenciones internacionales, apoya, o simplemente tolera, regímenes iliberales, fracasa a los ojos del cosmopolita, puesto que no valora suficientemente las vidas de los seres humanos como tales. Para los liberales es evidente que todos hemos sido «creados iguales», y que tenemos determinados «derechos inalienables». ³ A continuación, parece que inmediatamente pasan a preocuparse de procurar por los derechos de la rama local de la especie, olvidando, y ahí reside la crítica cosmopolita, que los derechos de ésta importan en tanto que derechos humanos y que eso sólo es importante si los derechos de los humanos extranjeros también lo son.

Seguramente, ésta es una objeción más dirigida a la práctica, que no a la teoría, del liberalismo (y, como sostendré más adelante, los cosmopolitas también tienen motivos para preocuparse por los Estados). En el núcleo de la descripción liberal de la humanidad reside la idea de la igual dignidad de todas las personas: el liberalismo maduró al tiempo que lo hacía su creencia en lo inadecuado de la antigua visión según la cual la dignidad era algo restringido a una elite. No todas las élites de las sociedades premodernas lo eran por herencia, como bien hubieran podido atestiguar los eunucos que gobernaban el imperio otomano. Pero sólo en la era moderna ha cristalizado la idea según la cual todos nacemos con unos derechos iguales que se deben respetar; unos derechos que tal vez podamos perder si actuamos mal pero que, de no ser así, permanecerán con nosotros durante toda nuestra vida.

Esta idea de la igual dignidad de todas las personas se puede hacer efectiva de distintas formas, pero es la que sostiene el apego a una democracia de sufragio universal; la renuncia al sexis-

mo, al racismo y al heterosexismo; el respeto a la autonomía de los individuos, que se resiste al deseo del Estado de adaptarnos a la concepción de lo bueno de alguien ajeno a nosotros; y la noción de los derechos humanos —derechos que poseen los seres humanos como tales— que están en el corazón de la teoría liberal.

Sería erróneo, sin embargo, refundir el cosmopolitismo y el humanismo; erróneo, porque el cosmopolitismo no consiste únicamente en el sentimiento de que todo el mundo importa. El cosmopolita celebra también el que existan diferentes formas locales de ser humano, mientras que el humanismo concuerda con el deseo de una homogeneidad global. El humanismo puede ser compatible con los sentimientos cosmopolitas, pero también puede convivir con un descorazonador exordio a la uniformidad.

Un cosmopolitismo liberal como el que propongo podría formularse de la siguiente manera: valoramos las diversas formas humanas de vida social y cultural; no queremos que nadie se convierta en parte de una cultura global homogénea, y sabemos que ello significa que también existirán diferencias locales (dentro de los Estados y también entre ellos) en el ámbito moral. En la medida en que estas diferencias cumplan determinadas constricciones éticas generales —concretamente, en la medida en que las instituciones políticas respeten los derechos humanos básicos— los cosmopolitas nos congratulamos de su existencia.

El patriotismo, como recientemente se han encargado de recordarnos los comunitaristas, tiene que ver con las responsabilidades y los privilegios de la ciudadanía. Pero también, y por encima de todo, no es tanto una cuestión de acción, de moralidad práctica, sino de sentimiento: si el patriotismo evoca alguna emoción ésta es, seguramente, la de orgullo. Cuando suena el himno nacional, cuando gana el equipo del país, o cuando el ejército nacional logra la victoria, se siente un escalofrío, una excitación electrizante, la ilusión de sentirse en el lado de los ganadores. Pero el patriota es también, probablemente, el primero en sufrir la vergüenza de su país: es el patriota quien sufre cuando un país elige mal a sus dirigentes; cuando éstos incurren en la

prevaricación, la prepotencia, la falsedad o bien traicionan «nuestros» principios. El patriotismo tiene que ver con aquello que ya en el siglo XIX el erudito y diplomático liberiano Edward Blyden denominó, de forma memorable, «la poética de la política».⁴ Lo importante es la identificación y los sentimientos, y no hay razón alguna para suponer que, en este mundo complejo y siempre mudable, todos encontrarán que sus afinidades y sus pasiones se concentran en un único lugar.

El ejemplo de mi padre me demuestra, con más claridad que cualquier argumento abstracto, las posibilidades que niegan los enemigos del cosmopolitismo. Los cosmopolitas podemos ser patriotas, amar a nuestro país natal (no sólo a los Estados en los que nacimos, sino a aquellos donde crecimos y vivimos). Nuestra lealtad con la humanidad —una unidad tan vasta, tan abstracta— no nos arrebatara la capacidad de cuidar a las personas más próximas a nosotros, sino que, por el contrario, el concepto de una ciudadanía global puede tener un significado real y práctico.

Sin embargo, el ejemplo de mi padre me hace sospechar que el argumento, supuestamente cosmopolita, contra el patriotismo (el patriotismo ghanés de mi padre, que me propongo defender), según el cual la nacionalidad es, como sostiene Martha Nussbaum en su excelente ensayo, «una característica moralmente irrelevante». Para Nussbaum, «admitiendo que una frontera moralmente arbitraria como la frontera de la nación desempeña un papel profundo y formativo en nuestras deliberaciones, parece que nos privemos a nosotros mismos de cualquier vía sustentada en principios para persuadir a la ciudadanía de que debe unir sus manos» y cruzar las «fronteras de la etnicidad, la clase, el género y la raza».

Debo admitir que, si insistiese en la distinción entre Estado y nación, mi razonamiento sería erróneo.⁵ Para cualquier persona moderna, la conjunción de ambos resulta perfectamente natural (aun, incluso, después de Ruanda, Sri Lanka, Amritsar, Bosnia y Azerbaiyán). Sin embargo, en la Ilustración, la conjun-

ción de nación y Estado se pensó para adecuar las fronteras arbitrarias de los Estados con las fronteras «naturales» de las naciones; lo cierto es que, si nos paramos a pensar en ello, la idea de que las fronteras del uno podían ser arbitrarias mientras que las de la otra no lo eran no es fácil de captar.

Tampoco pretendo refrendar esta forma de pensar, esencialmente herderiana, según la cual las naciones nunca preexisten a los Estados. Por emplear una definición rápida —y poco filosófica— podríamos decir que una nación es una «comunidad imaginaria» de cultura y ascendencia que va más allá de la escala del cara a cara y que busca su expresión política.⁶ Sin embargo, ninguna de las naciones que se me ocurren ahora, cuyos límites no coincidan con los del Estado, es legado de antiguos arreglos estatales, como es el caso Asante, en lo que más adelante se convirtió en Ghana, y lo era el de las naciones serbia y croata en la antigua Yugoslavia.

En realidad, lo que pretendo es distinguir entre la nación y el Estado para plantear un argumento totalmente distinto del de Herder: si algo es moralmente arbitrario, no es el Estado, sino la nación.⁷ Puesto que los seres humanos viven en unos órdenes políticos más restringidos que la especie, y puesto que es dentro de estos órdenes políticos donde se dirimen, en gran medida, el bien y el mal público, el hecho de ser conciudadano, de formar parte de un mismo orden, no es, a mi modo de ver, algo moralmente arbitrario. Ésta es la razón por la cual la crítica cosmopolita a la excesiva fijación liberal con el Estado resulta exagerada: si convenimos que la diversidad cultural que el cosmopolitismo celebra depende, hoy por hoy, de la existencia de diversos Estados, no queda otro remedio que considerar seriamente dichos Estados.

Por otra parte, la nación es arbitraria, pero no de una forma que permita que la obviemos en nuestras reflexiones morales. Es arbitraria en la raíz del término, puesto que, según el *Oxford English Dictionary*, «arbitrario» es «lo que depende de la voluntad o del placer». A menudo a las personas les importa más la na-

ción que el Estado: para algunas, una Serbia monoétnica tiene más sentido que una Bosnia multicultural; una Ruanda hutu o tutsi tiene más sentido para otras que una ciudadanía tutsi y hutu pacíficamente compartida, y sólo cuando Inglaterra y Francia se convirtieron en naciones y también en Estados los ciudadanos corrientes empezaron a preocuparse por lo que significaba ser francés o inglés. Mas cabe señalar que la razón por la cual las naciones importan es que importan a las personas. En otras palabras, las naciones importan moralmente, cuando es el caso, por la misma razón que importan el fútbol y la ópera; es decir, importan porque son algo deseado por agentes autónomos, cuyos deseos autónomos debemos reconocer y tener en cuenta aun cuando no siempre podamos acceder a ellos.

Por otra parte, los Estados poseen una importancia moral intrínseca. Importan no sólo porque las personas se preocupan por ellos, sino porque regulan nuestras vidas mediante formas de coerción que siempre requerirán una justificación moral. A su vez, las instituciones del Estado importan por dos razones: porque son necesarias para conseguir muchos de los objetivos de la modernidad y porque tienen un gran potencial para cometer abusos. Como bien señaló Hobbes, para hacer su trabajo el Estado debe ostentar el monopolio de determinadas formas de coerción autorizada, y el ejercicio de esa autoridad pide a gritos (aunque a menudo no la merece) una justificación, incluso en algunos lugares, como muchas sociedades poscoloniales, en las que muchas personas no sienten ninguna simpatía por el Estado.

Así pues, el cosmopolita no tiene ninguna necesidad de afirmar que el Estado es moralmente arbitrario en el mismo sentido en que, como acabo de sugerir, lo es la nación. Existen muchas razones para pensar que el vivir en comunidades políticas más reducidas que la especie es mejor para nosotros de lo que lo sería el sumirnos en un Estado mundial único, una cosmópolis de la que nosotros, los cosmopolitas, no fuéramos ciudadanos imaginarios, sino literales. En realidad, es precisamente esta misma celebración de la diversidad cultural la que distingue al cosmo-

polita de algunos de los otros herederos del humanismo de la Ilustración.

Y al hecho de que los humanos vivamos mejor en un ámbito más reducido se debe el que debamos defender no sólo el Estado, sino la provincia, la población, la calle, la empresa, el oficio, la profesión y la familia, como comunidades, como círculos entre los muchos círculos que son más estrechos que el horizonte humano, que son unas esferas que nos incumben moralmente. Los cosmopolitas debemos defender el derecho de los demás a vivir en Estados democráticos, con amplias posibilidades de asociación dentro y fuera de sus fronteras; en Estados de los que puedan ser ciudadanos patrióticos. Y, como cosmopolitas, podemos reivindicar este derecho también para nosotros.

BENJAMIN R. BARBER

FE CONSTITUCIONAL

Siguiendo la gran tradición kantiana y estoica, Martha Nussbaum despliega en su texto el noble ideal del cosmopolitismo en contra de los distintos provincianismos del patriotismo, el nacionalismo y la etnicidad. Se siente especialmente poco satisfecha de los recientes intentos estadounidenses de esgrimir una identidad nacional, puesto que éstos nos hacen correr el riesgo de sustituir «los valores sustantivos de la justicia y el derecho por un ídolo colorista». Nussbaum quiere que emulemos al Nikhil de Tagore y resistamos la tentación de un Bande Mataram estadounidense.

Sin embargo, el admirable ejercicio de universalismo kantiano que hace Nussbaum me plantea dos problemas. El primero, porque infravalora el éxito del experimento estadounidense a la hora de incorporar los sentimientos patrióticos en un marco constitucional definido, precisamente, por los «valores sustantivos de la justicia y el derecho» a los que tanto valor concede. Y el segundo, porque no pondera en su justa medida la endeblez del cosmopolitismo y el crucial papel humanizador desempeñado por la política de la identidad en un mundo desarraigado de contratos, mercado y personalidad legal. El patriotismo tiene sus patologías, pero el cosmopolitismo también. Y al juzgar mal estos dos elementos, Nussbaum se siente indebidamente alarmada por lo que ha sido una operación constitucional, notablemente exitosa y antidogmática, sobre las peculiaridades estadounidenses, e indebidamente temerosa por los esfuerzos de resituar el patriotismo y la comunidad estadounidense en una